LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 7 DE MARZO DE 1887 — NUM. 271

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Roubalika

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.—Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.—*París puerto de mar.*

GRABADOS. – *Cabeza de estudio*, cuadro de Roubalika.—*El regazo de la abuela*, cuadro de Schmith. – *En la playa*, dibujo de D. Baixeras. – *La madre enferma*, cuadro de N. Bordignon.—*Marista*, cuadro de N. Sickel.—*Echando cuentas.* – *Encendiendo la pipa*, dibujos de Echena.—*Todo se ha perdido... menos el buen humor.*—*Trazado del canal proyectado de París al mar: perfil longitudinal y sección trasversal*; proyecto de M. Bouquet de la Grye. – *Suplemento artístico: El hijo del acróbata*, cuadro de S. Durand.

NUESTROS GRABADOS

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Roubalika

Cuando un compositor de música quiere dar una prueba de sus conocimientos en el arte que profesa, escribe una *fuga*. Cuando un pintor se propone demostrar su talento observador y la altura de sus medios de ejecución, hace un *estudio*. Por esto han sido siempre tan estimados estos trabajos cuando el éxito corona el propósito. El estudio de Roubalika que hoy publicamos es digno de llamar la atención de los inteligentes. A primera vista se echa de ver la firmeza con que la obra está trazada, la seguridad del procedimiento, la pastosidad de las carnes, la verdad de las ropas y un atrevimiento en la ejecución que tiene algo de la desenfadada factura del Gran Velázquez. En suma, es un estudio que merece ser estudiado.

EL REGAZO DE LA ABUELA, cuadro de Schmith

Tienen los padres obligación de educar á sus hijos conforme manda la ley de Dios, y esto hace que algunas veces ocurre aquello de: «Quien bien te quiera, te hará llorar.»

Cuando esto se efectúa, cuando la voluntad contrariada ó cuando el convencimiento de la propia falta, agolpa á los ojos el llanto del arrepentimiento ó del despecho, ¡dichosa la criatura que tiene abuela! ella será consolada.

La abuela se pone siempre del lado del débil contra el fuerte: para obrar así, no necesita saber de qué parte está la razón; la abuela no discute, ama, siente, es dos veces madre, quiere doblemente, nunca ha de perdonar á su nieta, porque nunca la condena. ¡Cómo saben esto los nietos!... Y al par de los nietos lo sabe el autor de este cuadro, que debe haber presenciado más de una vez la escena en él descrita. Unicamente así se produce un grupo tan interesante, en el cual la poesía y el arte se han combinado para causar un efecto á todas luces simpático.

EN LA PLAYA, dibujo de D. Baixeras

Baixeras es uno de los artistas, paisanos nuestros, que adquiere más importancia á medida que más expone. Lejos de adormecerse sobre los laureles que de joven ha conquistado, dedica su no común inteligencia á la observación de la naturaleza, y la reproduce con éxito en todas sus manifestaciones. El espectáculo del mar y de cuanto con el mar se relaciona, merece su especial predilección: se comprende, porque el mar habla al genio el lenguaje de lo grandioso, de lo sublime, de lo inmenso.

Todo cuanto con el mar se relaciona adquiere un tipo especial, que Baixeras ha estudiado detenidamente, hasta hacerse tan típico como típicos son los hombres de mar. Prueba de ello el dibujo que hoy publicamos, á cuyo original, si original existe, ninguno de nosotros se atrevería á asegurar que no ha visto cien veces en la playa, en esa playa que viene á ser el *mar en seco* de los marinos.

LA MADRE ENFERMA, cuadro de N. Bordignon

He aquí un lienzo verdad, demasiado verdad por desgracia, y que sin embargo no podemos calificar de groseramente realista. El espectáculo no puede ser más desgarrador; el artista nada ha omitido para causar toda la impresión que se ha propuesto. La miseria y la enfermedad afligen á la reducida familia de la viuda. Gime ésta en el lecho del dolor y á través de las viejas mantas que la cubren se adivinan la demacración de su cuerpo y el latido anormal de su corazón. La calentura la abate; tanto mejor para la enferma: la naturaleza no sufre y el pensamiento se halla atrofiado: el tránsito de la vida á la muerte se hará insensiblemente.

Junto á la mísera cama donde expira la madre, un rapaz sostiene en brazos á su hermanita de pocos meses. El niño contempla á la enferma, la contempla solamente; sus pocos años y sus menores fuerzas no le permiten más. Harto hace si impone silencio al hambre que le mortifica; harto hace si, presintiendo su próxima orfandad, se acuerda de aquellas sencillas oraciones que parecen escritas expresamente para los momentos de tribulación.

Este cuadro no puede contemplarse con indiferencia: el espectador sabe que la escena es real, que tiene lugar á nuestro lado todos los días; que hay enfermos que mueren sin asistencia y huérfanos desfallecidos de necesidad junto al cadáver de su madre. Esta consideración influye en nuestros sentimientos y excita poderosamente el de la caridad, que es el patrimonio algo dudoso del pobre. Lienzos que tales efectos producen cumplen una de las misiones del arte; y si el autor ha creído que al hacer vibrar la cuerda sensible debía hacerlo de suerte que produjera sangre, puede perdonársele su crueldad en gracia del noble motivo que la determina.

MARISTA, cuadro de N. Sickel

Marista fué recogida de niña por unos bohemios y llevó la vida errante propia de la infeliz tribu que la había adoptado. ¡Qué existencia tan triste!... Acampar fuera de las poblaciones cual si su simple proximidad infestara la atmósfera; cubrir apenas el cuerpo con miserables andrajos; saciar el hambre con los más groseros manjares; dedicarse á las faenas más repugnantes y adquirir la persuasión, la horrible persuasión, de que la sociedad la rechazaba instintivamente, como se rechaza lo despreciable, lo envilecido, lo estigmatizado... Marista lloró mucho de niña; pero ni el llanto ni las fatigas contuvieron el desarrollo de su esbelto cuerpo ni destruyeron las hermosas líneas de su rostro. Era el ídolo de la tribu; sus padres de ocasión la llegaron á querer como si fuera su propia hija; todos se miraban en ella como el devoto en el santo de su predilección.

Un día Marista abandonó el campamento... Pasaron horas ¡horas de ansiedad y temores! y al cabo de ellas reapareció la imagen. De sus orejas pendían gruesos aretes de oro purísimo; del mismo metal estaban fabricados los ricos brazaletes que oprimían sus escultóricos brazos. Un ¡ay! un ay tristísimo salió de todos los labios; todos los ojos se fijaron en ella con pena; algunos se fijaron con horror. Solamente Marista dejó de comprender lo que aquellas miradas significaban. ¡La infeliz criatura no comprendía que un cuerpo hermoso pudiera encerrar la fealdad moral!

Tal es el asunto que ha inspirado á Sickel el admirable tipo del cuadro que hoy reproducimos.

ECHANDO CUENTAS.—ENCENDIENDO LA PIPA, dibujos de Echena

Dos modelos de naturalidad, ejecutados con seguridad pasmosa. Son verdaderas pruebas fotográficas *sans retouche*.

TODO SE HA PERDIDO... MENOS EL BUEN HUMOR

En esta figura hay todo un drama. Ese personaje debe haber sido estudiante con tantos *suspensos* como cursos ha seguido; posteriormente hortera y ha medido más veces el paño del billar que el de las piezas del almacén; después ha de haberse dedicado... á todo, á todo lo que permite tomar el sol en invierno y buscar la horizontal en verano; á todo lo que no impide vagar durante el día y dormir al acaso durante la noche; es decir, que no se ha dedicado á maldita de Dios la cosa.

Sus aventuras dejan tamañito á Guzmán de Alfarache; no hay tabuco, burdel ó cuartelillo de policía que no puedan dar cuenta de él. Todo lo ha perdido sucesivamente, la carrera, el dinero y la vergüenza. Lo único que le resta es el buen humor del gandul clásico. Se ha propuesto no trabajar; no trabaja; ha resuelto el problema de sus aspiraciones. No hizo más Julio César.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL HIJO DEL ACRÓBATA, cuadro de S. Durand

Delicioso lienzo, interesante por el asunto y por su ejecución. El acróbata, el saltimbanqui, es un ser indefinible, que discurre sin cesar cómo se ganará la vida exponiendo á mayor peligro la vida misma. Y tiene un hijo... Padre bárbaro y cruel, le dedica á su profesión, llamémosla así; y tortura el cuerpo del pobre niño para que se preste á las dificultades de los ejercicios acrobáticos. El niño ha de ganarse el escaso y amargo pan que come; y un día, que harto debió preverse, se lo llevan descalabrado á su padre. Este deja de ser el histrión, el bufón de la sociedad moderna: no hay máscara que esconda el sentimiento de la paternidad. El pintor Durand se ha inspirado en este asunto y ha producido un cuadro de sensación, en condiciones de buena ley.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

El animal que había saltado era una enorme zorra negra, que en vez de perderse entre la maleza tomó á toda la carrera un sendero.

Miantucatuc la siguió.

Pero por mucho que un hombre corra, aunque este hombre sea un indio, una zorra india corre más que él.

El único resultado que produjo á Miantucatuc el encuentro de aquella zorra perdida, fué el internarle en la tierra, en la demarcación, por decirlo así, de los matachets sus enemigos.

Era prudente volverse á las márgenes del río, y Miantucatuc se volvió.

De repente se detuvo y aplicó con suma atención el oído.

Había escuchado entre la maleza, sobre la hierba, un roce lento, sordo, continuo.

– ¡La gran serpiente! – exclamó.

Y lento también, cauteloso, encogido, arrastrándose entre la maleza, adelantó hacia el lugar de donde provenía aquel ruido singular.

Otra vez se detuvo Miantucatuc; alzó la cabeza, y fijó con asombro su mirada en un objeto á poca distancia de él.

XXIV

Aquel objeto era una india joven.

Tenía toda la esbeltez de la caña que se balancea al más leve impulso de las brisas, y una belleza de formas imponderable.

Estaba engalanada: alrededor de sus largos cabellos negros, naturalmente rizados, tenía una gruesa sarta de corales, y de aquella sarta, por delante, sobre la frente, se alzaban tres altas plumas de águila: en la garganta, larga, mórbida, bellísima, tenía un collar de perlas negras tan gruesas y en tanto número, que valían un tesoro: tenía asimismo en las orejas pendientes de perlas iguales y sartas de ellas en los brazos: sobre los hombros un pequeño manto labrado de colores; desde la cintura hasta las rodillas una especie de saya labrada tambien, y en las piernas mocasines.

Era admirablemente hermosa.

Singularmente sus ojos negros y brillantes eran incomparables.

Pero esta hermosura natural estaba como manchada por un capricho que para los indios aumenta la hermosura.

Sobre su frente, sobre sus mejillas, sobre su garganta, sobre su seno, sobre sus brazos, en todas las partes de su cuerpo desnudas, se veían círculos, espirales, caprichosas labores á manera de arabescos, negros, rojos y azules, hechos menudamente, con delicadeza, con primor, pero que habrían estado mejor aplicados en una alfombra.

Esto, sin embargo, era un noble distintivo entre los indios.

Una mujer que estaba de tal modo pintada, que llevaba sobre sí aquel manto y aquellas ropas, no podía menos de ser la hija de un gran jefe.

La situación en que la joven india se encontraba era horrible.

Estaba trémula, contraída, fijando una mirada aterrada é inmóvil en un punto fijo, entreabierta la boca, temblando.

Miantucatuc comprendió la causa del estado de la india, y lanzó su mirada al punto donde la joven fijaba la suya.

Entonces vió un monstruoso boa, uno de esos leviatanes de la tierra, que adelantaba lentamente con las enormes fauces abiertas, lanzando sobre la india su aliento emponzoñado.

Al ver á la serpiente, Miantucatuc se alzó, sacó algunas balas de la bolsa de municiones, y las metió en la carabina, luego miró cuidadosamente la piedra, renovó el cebo, apuntó con lentitud y disparó.

Inmediatamente á la detonación, la serpiente se estremeció de una manera poderosa, lanzó un ronco silbido, y su cabeza que estaba levantada hacia la joven se desplomó, cesó la corriente magnética, por decirlo así, que fascinaba á la joven india, y ésta, desfallecida por el terror, cayó en tierra desmayada.

Miantucatuc saltó sobre la maleza con la agilidad de un tigre, y cayó junto á la joven.

Esta había quedado sin sentido.

Miantucatuc la contempló de una manera avara, y al fijar una mirada sobre su seno, una sonrisa de odio, de desprecio, y al mismo tiempo de inmensa alegría, contrajo sus labios.

Sus ojos indicaron un pensamiento de venganza.

Los músculos de su semblante se dilataron.

Lo que había causado aquella emoción, de una manera tan vigorosamente expresada por el jefe de los anapas, era un dibujo fijado sobre la parte superior del pecho izquierdo de la joven.

Aquel dibujo representaba, aunque de una manera ruda, una pantera encorvada, contraída, como en el momento de prepararse al salto sobre una presa.

Aquella pantera era el signo, el distintivo, el blasón, por decirlo así, del gran jefe de los matachets.

– ¡La Cierva-gentil! – exclamó con ronca voz Miantucatuc, – ¡la hija del Matachet! las doncellas de su tribu la han saludado con el sol, y la han visto sonreir alegre al día: cuando el sol se ponga, las vírgenes de los matachets verán volver triste, como una flor que ha marchitado el viento de fuego, á la alegría de Anahuac. ¡Oh! sabio y poderoso Maluc: ¡yo te ofrezco las entrañas de diez prisioneros en recompensa de mi ventura! ¡Yo robaré á la luz de los matachets su alegría! ¡Yo me llevaré su cabellera y sus perlas! ¡Yo os enviaré con ellas la enemistad de los anapas!

La selva estaba solitaria; el sol descendía; la sombra de los grandes árboles empezaba á cubrir á la Cierva-gentil. Esta estaba desmayada.

Miantucatuc la levantó en sus brazos, y á despecho de su odio heredado la besó en la boca.

Y en medio de su desmayo, la Cierva-gentil fué del gran jefe de los enemigos de su padre.

Luego Miantucatuc quitó á la joven su adorno de corales con las tres plumas de águila; su collar, sus pendientes y sus brazaletes de perlas: sacó su cuchillo, la cortó la negra y undosa cabellera, la ató con ella misma, la sujetó á su cintura, dejó á la joven, desmayada aún, junto al boa muerto, se alejó lentamente, llegó al río, le atravesó á nado y entró en las cabañas de los anapas á tiempo que salía la luna.

Puso las plumas y la cabellera de la Cierva gentil en su cabaña, sobre la estera en que dormía, guardó las perlas negras, y se recogió.

Pero no pudo dormir como otras noches.

La imagen de su víctima, de la virgen de los matachets, profanada por él, no se separaba de su imaginación.

Era ese pensamiento tenaz que toma la forma ardiente de una mujer, que la embellece, que dilata nuestro corazón, que inflama nuestra sangre, que nos arroba en no sabemos qué fiebre dulce, que nos enlanguidece, que nos transporta á otra vida, á la vida de los sueños voluptuosos; tósigo dulce que nos mataría si fuera persistente, como nos roba á todo otro pensamiento: asimilación misteriosa de una forma y de un espíritu con nuestro deseo; enfermedad del alma que tortura al cuerpo; ansia deseada que no procuramos dominar; sed que no se apaga sino cuando arrojamos de nosotros, cuando olvidamos el vaso que contiene el licor divino que aumenta al beberle nuestra sed en vez de calmarla.

Miantucatuc amaba.

Y amaba á su despecho.

Y no se confesaba aquel amor, no creía en él, no quería creer, porque la Cierva-gentil era la hija, la nieta de sus enemigos.

El amor estaba en su corazón, pero el odio en su cabeza

XXV

Al día siguiente al amanecer, después de una noche de delirio, Miantucatuc salió de su cabaña.

Hizo sonar sus instrumentos bárbaros como en un día de batalla, y todos sus guerreros se presentaron delante de él armados.

Y los ancianos de la tribu y los sacerdotes de Maluc, con sus largas túnicas negras y sus barbas blancas, se sentaron á su lado á la puerta de la cabaña.

Miantucatuc mostró á sus guerreros la negra cabellera de la Cierva-gentil y su adorno de plumas.

Les refirió su aventura del día anterior, y una exclamación de alegría salió de todas las bocas á la noticia de la profanación de la virgen de los matachets por el gran jefe de los anapas.

Dos prisioneros matachets fueron sacrificados.

Después del horrible festín del sacrificio, Miantucatuc llamó á otro de los prisioneros y le dijo:

EL HIJO DEL ACRÓBATA, CUADRO DE SIMÓN DURAND (FOTOGRAFÍA PUBLICADA POR BOUSSOD, VALADON Y COMPAÑÍA DE PARÍS)

– Los senderos que conducen á los tuyos están abiertos: tú volverás la frente hacia los matachets y caminarás hacia ellos como el gamo que busca su lecho.

Oye tú, y que mis palabras resuenen en los oídos del jefe de los matachets.

Si mañana las entrañas de la Cierva-gentil dieran un hombre, ese hombre sería sangre del anapa.

Hijo del odio, él haría que el odio estuviese entre nosotros eternamente como está eternamente el sol en los cielos.

El anapa sabe lo que ha hecho.

Que sus palabras resuenen en los oídos del matachet.

Tus ojos están vueltos al hogar de tus padres.

Los senderos están abiertos para tí, matachet.

Al fin de ellos está tu cabaña.

Vé á dormir en ella, vé, y que oigan los que tuvieren oídos, cómo odia el gran jefe de los anapas

El prisionero partió.

Al día siguiente los matachets bajaron como un aluvión de las alturas, lanzando gritos de venganza, atravesaron á nado el río, treparon por la opuesta vertiente del valle y acometieron las cabañas de los anapas.

Tres días duró el combate.

Al cabo de ellos los matachets se retiraron vencidos, dejando un número considerable de cabelleras á los victoriosos anapas.

La suerte empezaba á volver las espaldas de una manera decidida á los matachets.

En cambio el corazón de Miantucatuc empezaba á vencer á su cabeza.

El amor al odio.

XXVI

Un día al fin, Miantucatuc se levantó enteramente vencido.

La Cierva-gentil había llegado á ser su alma.

Sabía demasiado que toda unión, toda reconciliación era imposible entre las dos tribus enemigas.

Miantucatuc no podía ir á la luz del sol y al frente de sus ancianos y de sus guerreros á sacar de la cabaña de su padre á la Cierva-gentil.

Sus dones no podían entrar en ella.

Pero para vivir necesitaba ver, tener á su lado á la hermosa india.

Llamó á cuatro de los más valientes guerreros de la tribu, les llevó á la selva, y habló con ellos en secreto.

Aquella noche, Miantucatuc y los otros cuatro atravesaron el río y se encaminaron silenciosos á las cabañas de los matachets.

Cuando llegaron á cierta distancia, no fueron ya hombres, sino serpientes; se arrastraron, procurando no hacer el más leve ruido, y lentamente, sin mover una hoja á su paso, adelantaron y entraron, deslizándose junto á los descuidados guardas, entre las cabañas, llegando hasta sus puertas.

Y una vez allí, delante de una cabaña, mayor que las otras, Miantucatuc entró solo.

Poco después se oyó un agudo grito de mujer, y Miantucatuc salió, llevando á la Cierva-gentil entre sus brazos.

Un momento después, el gran jefe de los anapas, y sus cuatro guerreros, corrían hacia el río, llevando consigo á la Cierva-gentil, que gritaba.

Y despiertos los matachets por los gritos de la joven, salieron medio dormidos de las cabañas, se armaron y se pusieron en persecución de los raptores.

Pero cuando llegaron al río, ya, á causa de su delantera, Miantucatuc tenía en su cabaña á la Cierva-gentil.

XXVII

Oyéronse muy pronto los disparos de los matachets.

La hora de un nuevo y sangriento combate se acercaba.

Miantucatuc ató á las espaldas las manos de la Cierva gentil, y sujetó el extremo de las ligaduras á uno de los troncos de su cabaña.

Dejó en guarda de la joven á los cuatro guerreros que le habían ayudado á robarla, animó á los demás anapas, y se lanzó al combate contra los matachets.

Ayudaba á estos la venganza, la rabia, el despecho que había causado en ellos la hazaña de Miantucatuc, que se había atrevido á robar de entre sus mismas cabañas á la hija de su gran jefe.

Y éste, excitado por el dolor y por la vergüenza, acometía al frente de los suyos á los anapas, con la misma insistencia con que el mar combate las rocas.

El combate era horrible, pero la ventaja estaba de parte de los matachets.

Los anapas, aunque lentamente, retrocedían.

EL REGAZO DE LA ABUELA, cuadro de Schmith

Las primeras cabañas habían sido incendiadas por los matachets.

El incendio se propagaba.

De repente, á la roja luz del incendio, se vió correr hacia el centro de las cabañas un indio que llevaba sobre su frente tres plumas de águila.

Era un gran jefe.

Era Miantucatuc.

Se le vió entrar en una gran cabaña y salir de ella con una mujer en los brazos y partir á la carrera.

Los matachets se lanzaron tras él.

Pero se encontraron contenidos por el fuego continuo y certero de cuatro anapas que defendían la estrecha entrada de la especie de plaza ó ciudadela, situada en medio de las cabañas.

Pero al fin aquellos valientes cayeron.

Aquí y allá los matachets vencedores, incendiaban, degollaban, cometían todo género de horrores.

Muy pronto de las cabañas de los anapas solo quedó una inmensa hoguera.

Hombres, mujeres, viejos y niños, todos habían sido degollados.

Los guerreros matachets orlaban su cintura con sangrientas cabelleras.

Habían triunfado, al fin, de una manera decisiva.

Sus enemigos habían sido exterminados.

Todo el valle de montaña á montaña era suyo.

Pero ni el gran jefe de los anapas, ni la hermosa Cierva-gentil, habían parecido.

XXVIII

– ¿Y qué fué de ellos? – dijo Arria incorporándose sobre el lecho, y mirando con curiosidad al esqueleto que había hecho una pausa solemne, por decirlo así, en su relato.

– Miantucatuc, – dijo el esqueleto, – había ganado la montaña con su preciosa carga y había tomado la dirección del Sudeste.

Incansable, y conociendo el peligro, no cesó de correr durante todo el día.

Al fin, al ponerse el sol, se detuvo en medio de una selva, y dejó en tierra á la Cierva-gentil.

Lo había perdido todo, pero la tenía á ella, y era feliz.

Sin embargo, su felicidad estaba amargada por la conducta de la Cierva-gentil.

Cuando la dejó en tierra, se sentó al pie de un árbol, fijó su vista en el suelo y permanecía inmóvil, serena, como si nada la hubiera acontecido, sin dirigir ni una palabra, ni una mirada á Miantucatuc, á pesar de que éste la encarecía su amor, y se esforzaba en demostrarla los peligros que había corrido y cuánto había perdido por ella.

Cuando Miantucatuc se convenció de que por entonces todas sus palabras eran inútiles, trepó á un árbol, y poco después bajó trayendo consigo algunos nidos de pájaros llenos de huevos, y los puso al lado de la Cierva-gentil.

Con ese estoicismo del prisionero indio que ni se queja, ni habla, ni resiste, la Cierva-gentil sorbió uno á uno los huevecillos, hasta que satisfizo su hambre, y después volvió á su inmovilidad.

Miantucatuc encendió una hoguera para ahuyentar á los animales feroces, y se sentó junto á la Cierva-gentil.

Rodeó un brazo á su cintura, y la joven permaneció quieta.

La habló con el fuego de la desesperación, y la joven guardó silencio.

Miantucatuc, desesperado, se reclinó junto á ella, y rendido por el cansancio, se durmió.

Al despertar vió que amanecía.

La Cierva-gentil estaba inmóvil en la misma posición que había tomado cuando algunas horas antes se sentó al pie del árbol.

Miantucatuc tomó de nuevo la carabina, y se puso en marcha.

La Cierva-gentil le siguió dócilmente, pero siempre en silencio y con la vista fija en el suelo.

Durante la marcha, Miantucatuc mató algunos patos, algunas aves, y al fin de la jornada, encendió una hoguera y asó aquellas aves entre la brasa.

Mientras comió Miantucatuc, la joven no se permitió comer.

Pero cuando éste hubo concluído, comió en silencio.

Y así pasaron muchos días.

Caminando siempre Miantucatuc hacia el Sudeste, alimentándose con la caza, y durmiendo de noche en los bosques.

Al fin, cuando ya se acercaban á las moradas vecinas á las grandes poblaciones, Miantucatuc construyó dentro de la selva una cabaña, y se estableció en ella.

La Cierva-gentil no fué su amante; pero fué su mujer y su sierva.

Cuando salía á caza, ó cuando á trueque de sus pieles de búfalo, iba á buscar pólvora y municiones á los ranchos de los pintos, la Cierva-gentil se quedaba en la cabaña y desempeñaba todas las faenas que coresponden á la mujer de un indio.

Preparaba la comida, la servía á Miantucatuc cuando volvía, pero jamás le hablaba, jamás le miraba, jamás correspondía á sus caricias.

Miantucatuc era el hombre más desdichado de la tierra.

Amaba cada día con más intensidad á la joven, y no tenía en ella más que una estatua animada, fría, muda, resignada á su voluntad.

Era la protesta más enérgica de la debilidad contra la fuerza, de la virtud contra el crimen.

Y digo protesta de la virtud porque...

En las selvas de América abundan las hierbas venenosas, y todos los indios las conocen.

Sin embargo, á pesar de preparar la Cierva-gentil la comida de Miantucatuc, jamás pensó en deshacerse de él: á pesar de tenerle dormido con mucha frecuencia sobre sus rodillas, jamás pensó en matarle.

– ¡Ya! – dijo Arria: – en aquellas inmensas soledades, la joven india debió meditar que si mataba á Miantucatuc se privaba de un apoyo.

– Los hombres de la civilización, – dijo el esqueleto, – no podéis comprender el valor, la dignidad, la virtud de la virgen alma del hombre de la naturaleza. La Cierva-gentil no mató á Miantucatuc porque... le amaba, le amaba con toda su alma.

– ¡Ah! pues no comprendo.

– ¡Ah! ¿no comprendes la firmeza de una india? ¿Qué había hecho con ella Miantucatuc? La había deshonrado públicamente ante los suyos á nombre de su odio. La había arrebatado de entre los suyos. Había herido el corazón de su padre. La Cierva-gentil tenía pudor, tenía orgullo, decoro en una palabra. Amaba, porque el corazón prescinde de todo, á Miantucatuc; pero no podía perdonarle. Supo guardar su amor dentro de su alma, supo mostrarse digna en medio de su desventura, y Miantucatuc la respetó. Ella era la mártir, la virtud que llenaba aquella cabaña; resignada, sufría en silencio su dolor; pero firme, acusadora, convertida en un remordimiento para Miantucatuc.

Sin embargo, llegó un día en que le miró.

Un día en que le habló.

La mirada de la Cierva-gentil fué para el indio lo que la gloria para un alma del purgatorio.

La palabra de la joven fué para él la armonía de los cielos.

– Yo te amo, – dijo la Cierva-gentil.

Y su mirada, al decir estas palabras, era de amor.

– Antes que las hojas de los árboles caigan, – añadió la Cierva-gentil, – se habrá desprendido de mi seno el hijo de un gran jefe.

– ¿Y no encuentras inconsecuencia en la conducta de tu ponderada india? – dijo Arria.

– No, no, – repuso conmovido el esqueleto, – aquello era que la hija y la mujer habían sido reemplazadas por la madre.

XXIX

Poco tiempo después la Cierva-gentil dió á luz una niña.

– ¿Sabes quién fué esa niña, Eugenio?

– ¡Oh! te vas á burlar de mi perspicacia, si te digo que aquella niña era la máscara de color de rosa.

– Pues has sido muy torpe, Arria; ¿cómo querías que naciese de dos pieles rojas una mujer pálida?

– Pues no adivino.

– Doña Clara...

– ¡Tu viuda...!

– Justamente... mi viuda... mi hermosa viuda era hija de Miantucatuc y de la Cierva-gentil.

– Pero ¿cómo pudo Clara ir á parar á manos de don Angel?

– Te lo diré en dos palabras: Miantucatuc, padre ya, ya más civilizado por el contínuo trato con hombres menos salvajes que él, encontró demasiado solitario su bosque, demasiado triste, demasiado silenciosa su cabaña.

Entonces adelantó hacia las poblaciones de los pintos, llevando á una de ellas, á la que estaba situada en la entrada de una pradera en una roca junto á un río, su familia y sus penates.

EN LA PLAYA, dibujo de D. Baixeras

Estos penates consistían en una pequeña y grosera representación del ídolo Maluc que Miantucatuc había labrado con su cuchillo, y que puso en una ara en su pequeña casa, que había construído para sí entre los pintos.

La Cierva-gentil mantenía continuamente el fuego delante del ara, Miantucatuc á falta de hombres que sacrificarle le sacrificaba conejos.

El dios parecía estar contento con Miantucatuc, ó al menos este así lo creía, porque todo le acontecía bien: los pintos, haciendo justicia á su valor y á su astucia, le habían nombrado su jefe para sus excursiones; esto es, le habían elegido su general: aquella pequeña república le respetaba y nunca faltaban carnes, fruta, leche y flores en la casa del gran jefe proscrito.

Un día los pintos avanzaron sobre México, viniendo del Sur; en su larga marcha antes de llegar á la ciudad habían asolado los pueblos, habían vencido á pequeñas partidas de tropas españolas, y sólo habían sido rechazados y obligados á volverse por las tropas y las gentes de la ciudad. Al retirarse, sin embargo, habían entrado en la hacienda de Santa María: los habitantes de ella habían huido llenos de pavor, pero habían dejado desamparada á doña Inés, desmayada por el terror.

Miantucatuc la vió y se apoderó de ella.

– Esta será la virgen, – dijo, – que mantenga vivo el fuego del poderoso Maluc.

Y doña Inés fué trasladada á la comarca de los pintos.

XXX

Ya te he dicho que don Angel de Lemus levantó por sí mismo una compañía para ir á buscar á su hermana.

LA MADRE ENFERMA, cuadro de N. Bordignon

MARISTA, cuadro de N. Sickel

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Que no la encontró, pero que se trajo una pequeña india.

Ya sabes que esta india era doña Clara, y que doña Clara era hija de Miantucatuc y de la Cierva-gentil.

Pero lo que no sabes es que la Cierva-gentil murió defendiendo á su hija.

Lemus, pues, se volvió con Clara y con el tesoro del indio, dejándole incendiada su casa.

Miantucatuc pasó muchos días inmóvil, sentado sobre los escombros de su casa incendiada, sin comer, y otros muchos días sin hablar. Al fin, un día se encaminó lentamente á la selva.

Ya bien internado en ella, siguió la margen de un arroyo, y al llegar á su nacimiento, se detuvo en un pequeño claro, en medio del cual se veían algunos álamos blancos.

Apoyada contra los álamos había una cabaña.

La puerta de aquella cabaña estaba fuertemente cerrada por fuera con un lazo de bejuco.

Abrió Miantucatuc la puerta y se encontró con una joven, sentada sobre un lecho de hojas, pálida, triste, como dominada por una atonía horrible.

Aquella joven era doña Inés.

Miantucatuc se estremeció al verla.

Comprendió lo que por aquella infeliz pasaba.

Comprendió que moría de hambre.

Dominado por su dolor, á causa de la muerte de la Cierva-gentil y de la pérdida de su hija, se había olvidado de doña Inés.

Encerrada en aquella cabaña durante quince días, sin alimento, sin auxilio de ningún género, moría extenuada.

Cuando Miantucatuc llegó, doña Inés se mantenía sentada por una razón puramente física: faltaba ya completamente la conciencia, la voluntad en aquella infeliz: era un cadáver.

De improviso Miantucatuc sintió el vagido de una criatura.

Aquel vagido salía de entre las ropas de doña Inés.

– ¿Pues qué, – dijo Arria, – Miantucatuc...?

– Miantucatuc era hombre; doña Inés joven y hermosa; era su esclava; era dueño de ella; pertenecía á una raza aborrecida.

Un hombre de la civilización acaso hubiera hecho lo mismo que Miantucatuc.

– Pero ¿qué hizo?

– En vez de llevar á doña Inés á su casa, para evitar los celos de la Cierva-gentil, la llevó al bosque, la construyó una cabaña y allí iba á verla todos los días. Inútil creo decirte que el indio fué un señor implacable con la pobre niña: tuvo en ella una querida á su manera, á quien á su manera mantenía y cuidaba, á la que dejaba encerrada cuando se volvía á la población.

– Pero eso es odioso. ¿Y dices que el corazón de los salvajes es puro?...

– No moralicemos, Eugenio, estoy refiriendo un hecho: ten presente que no hay hombre que no cometa alguna debilidad, y que doña Inés era muy hermosa.

Miantucatuc amaba á la Cierva-gentil con toda su alma, pero á pesar de ello, amaba ardientemente á doña Inés con los sentidos.

Cuando la vió en aquel horrible estado, se estremeció y corrió á ella.

Como un objeto que nada sostiene, y que cae al más leve impulso, doña Inés al tocarla Miantucatuc, cayó sobre las hojas secas.

Entonces quedó descubierta una criatura recién nacida.

Una niña.

A pesar de ser hija de una piel roja y de una piel blanca, era sumamente blanca.

Miantucatuc se inclinó sobre la madre.

En aquel momento doña Inés fijó en él una mirada débil.

Miantucatuc tembló: se creyó maldecido por aquella mirada.

Después doña Inés quedó inmóvil, con los ojos fijos, el semblante desencajado, los ojos impuros.

Había muerto.

Miantucatuc entonces tomó silenciosamente la niña, salió de la cabaña, la cerró, como si no quedase en ella un cadáver, sino una criatura viva que pudiese huir; atravesó el bosque á la carrera, llegó á la población, entregó su hija á una mujer para que la criase, y volvió otra vez á la carrera al bosque; abrió la cabaña, sacó afuera el cadáver de doña Inés, deshizo la cabaña con su hacha, y formó con las maderas una pira, luego extendió el cadáver sobre aquella pira, y la puso fuego exclamando:

– Las bestias feroces no harán de ella su festín.

Luego se sentó al pie de un árbol delante de la pira, y se puso á cantar en voz lenta y gutural un canto muy semejante al oficio de difuntos.

La manifestación de sentimientos iguales es casi siempre análoga, cualquiera que sea la educación y las costumbres del que la produce.

Cuando la hoguera hubo concluído, cuando sólo quedaron cenizas de la infeliz doña Inés, Miantucatuc cavó una sepultura, arrojó las cenizas en ella, las cubrió con tierra, y se volvió lentamente á la población.

Ya ves, Arria, los frutos que da la venganza: Lemus, matando á la Cierva-gentil, causando en Miantucatuc el intenso dolor que le había hecho olvidarse de todo, había causado la muerte, la horrible muerte de su hermana.

XXXI

Mientras Miantucatuc había estado fuera de la población, ocupado en los solitarios funerales de doña Inés, la mujer á quien había llevado su hija había llamado á un sacerdote de los pintos.

– El jefe indio, – le dijo, – me ha traído no sé de dónde esta niña; él es idólatra: debemos abrir á esta criatura las puertas del cielo: debemos bautizarla.

El sacerdote la bautizó y la llamó María.

Miantucatuc, ignorante de esto que había pasado en secreto, secreto que sólo sabían aquella mujer y el sacerdote, llamó á su hija la Virgen-de-la-mañana, porque María había nacido al amanecer.

XXXII

Y pasaron los años.

Miantucatuc á quien los pintos llamaban el Padre-rojo, se había hecho sombrío.

Hablaba de un espíritu que veía de noche llegar hasta su lecho luminoso y blanco.

Un espíritu que tenía la forma de una mujer.

Cuando hablaba entre dientes con aquel espíritu se estremecía.

Centelleaban sus ojos y miraba de una manera feroz en torno suyo.

Refugiado algunos años antes entre los pintos, había llegado á hacerse su jefe.

Tenía casi las costumbres de un pequeño rey, y una guardia de pieles rojas, que habían venido sucesivamente á la población de los pintos y se habían quedado, seducidos por el valor y el aspecto verdaderamente magnífico de Miantucatuc.

Excepto en los momentos de peligro en que Miantucatuc tomaba el mando, Miantucatuc pasaba una vida grave, silenciosa, entregado frecuentemente á la soledad y á la meditación.

Veíasele perderse como una sombra en los senderos de la selva, y si alguien se hubiera atrevido á seguirle, le hubiera visto seguir la corriente de un arroyo, llegar hasta su nacimiento, sentarse al pie de un álamo blanco y permanecer allí horas enteras con la vista fija en un montecillo de tierra.

Con mucha frecuencia sacrificaba sobre aquel montecillo aves y cuadrúpedos.

Para una sola persona era afable y manso: para su hija.

María le dominaba; la voz de la niña era para él como la armonía lejana de un dulce recuerdo que vibra en la imaginación.

Pero con los demás era intratable.

Una sola vez le vió irritado María.

Una sola vez tembló María ante él.

Un día la pobre niña oraba.

Se encontraba sola en el mundo, porque Miantucatuc era un padre demasiado extraño; pasaba largos espacios de tiempo fuera de su casa, y aun así, cuando permanecía en ella, estaba silencioso, sombrío, replegado en un rincón murmurando palabras ininteligibles, manteniendo la vista fija en un punto y estremeciéndose de tiempo en tiempo.

Además, María no sabía que aquel hombre que la llamaba la Virgen-de-la-mañana era su padre.

Su corazón estaba oprimido.

Había llegado para ella la primavera de la vida, y empezaba á amar.

A amar con ese sentimiento vago, misterioso, incomprendido del primer amor de las vírgenes.

María, que sostenía su fe cristiana frecuentando, durante las ausencias de Miantucatuc, la casa de su nodriza, y el trato del sacerdote que la había bautizado, estaba arrodillada delante del ara del ídolo Maluc, en un aposento oscuro y escondido, alumbrado sólo por la turbia luz de una lámpara alimentada con la grasa de los animales que Miantucatuc le sacrificaba.

Pero María no estaba arrodillada ante el ídolo.

María no le reconocía, y si le reconocía era como un poder infernal.

Estaba arrodillada delante de él por un acaso, pero tenía en las manos un pequeño Crucifijo de cobre.

Miantucatuc estaba fuera de la población.

Sólo en su ausencia, y encerrándose en el lugar donde Miantucatuc tenía escondido su ídolo, se hubiera atrevido María á orar á Dios teniendo su imagen en la mano.

Pero Miantucatuc por uno de sus extraños accidentes se había vuelto desde la pradera adonde había ido con sus pieles rojas á cazar búfalos.

Entró en su casa con su paso silencioso, se deslizó por ella, y llegó sin hacer ruido á aquella especie de oculto adoratorio.

Por el momento no reparó en María.

Pero María rezaba en voz alta y lloraba.

La oración y el llanto de María sacaron de su abstracción á Miantucatuc.

Oyó y escuchó las oraciones cristianas de María.

Miró y vió en sus manos el Crucifijo.

Entonces, ciego por su idólatra superstición, asió á la joven por los cabellos.

María dió un grito.

Vió el hacha del indio brillando sobre su cabeza.

Vió sus ojos sombríos y relucientes fijos en ella, con una expresión terrible.

Pero de repente el hacha cayó de la mano de Miantucatuc, soltó los cabellos de la joven, y huyó.

Había visto levantarse entre él y María la implacable sombra que le acompañaba á todas partes.

Había visto á Inés envolviendo en su ser y en su forma á su hija.

La verdad del caso era, que María se asemejaba á su madre como una gota de agua á otra gota.

XXXIII

Esta escena terrible había pasado un año antes de la llegada de López con mercancías á la población de los pintos.

Miantucatuc miraba á su hija con terror.

Era para él, desde aquel momento terrible, una especie de remordimiento.

Si la amaba como hija, como cristiana le causaba horror.

Sin embargo, una extraña fascinación de Miantucatuc defendía de su furor á la joven.

Siempre que al fijar en ella su mirada, pasaba por su pensamiento una idea horrible, delante de María se levantaba la sombra pálida, severa, tranquila de doña Inés, que fijaba en el indio de una manera glacial é incontrastable sus grandes ojos negros.

XXXIV

Un año antes se había presentado entre los pintos un joven á caballo.

Se apeó en la puerta del cacique del pueblo, y se encerró con él y estuvieron hablando en secreto.

El recién llegado era López.

Sepamos por qué López había ido á la población de los pintos.

López había ido á México empleado en la servidumbre del virrey.

Protegido y favorecido por este, obteniendo comisiones lucrativas, en poco tiempo López, que á pesar de su juventud era avaro, se había enriquecido, relativamente á su clase, porque había llegado al caso de poder ocupar una posición independiente.

Hízosele ya dura la servidumbre, levantó más sus miradas, y osó poner los ojos y el amor en una hija del virrey.

López contaba con que el amor arrastraría á la joven hasta el punto extremo de obligar á su padre á entregarla á su corruptor para cubrir su honra.

Pero la misma inocencia de la hija del virrey deshizo sus proyectos: el virrey conoció que su hija amaba, y quiso saber quién era el hombre objeto de aquel amor.

No le fué difícil averiguar que el hombre amado era López.

Sorprendióle entrando en el aposento de su hija una noche, favorecido por una criada antigua á quien había comprado.

El virrey metió en la cárcel á López y á la criada; envió su hija á España, y de tal manera lo hizo, que esta no supo la causa de aquella repentina separación.

Algún tiempo después, y cuando el virrey pudo convencerse de que todo aquello no había sido más que un intento frustrado, mandó soltar á la criada y á López.

Pero había excitado la venganza de López, que apenas se vió libre, recogió sus fondos de las casas de comercio donde los tenía impuestos, montó á caballo, y se dirigió hacia el Sur.

Iba en busca de los pintos: conocía el odio inveterado de los caciques hacia los españoles; empezaban á cundir las ideas de independencia de México respecto á España, por el ejemplo de los Estados Unidos que habían sabido emanciparse, y abrigando cien proyectos ambiciosos, siguió su camino y llegó, en fin, á la población de los pintos.

Su jefe le escuchó con placer. Se trataba de rechazar el yugo de los conquistadores, y López y los pintos no podían menos de entenderse.

López fué admitido entre ellos, vivió entre ellos, y al poco tiempo de su llegada oyó hablar de la Virgen-de-la-mañana, de la hermosa del pueblo, y después la vió.

López no había amado.

Había pensado en seducir á la hija del virrey por ambición.

Aquellos proyectos habían sido deshechos, le habían producido una prisión, y al huir de ella había querido vengarse.

La venganza es una pasión tremenda; pero el amor es la pasión que las domina á todas.

López amó á la Virgen-de-la-mañana.

La amó con toda la bravía fuerza de su alma, y por ella lo olvidó todo.

Entonces formó el proyecto de establecerse entre los pintos.

Pero como se había presentado entre ellos á título de enemigo de los españoles, por más que fuese español, le fué preciso adoptar una línea de conducta que no le hiciese sospechoso.

Así, pues, con el pretexto de la mercadería ambulante, se ofreció á practicar en servicio de los pintos el oficio de espía: ir, venir, traer noticias, llevar instrucciones á los indios existentes en México, y avisar cuando llegase el momento oportuno de arrojar el grito de independencia.

XXXV

Pero antes de partir con su primera comisión, se puso al paso de la Virgen-de-la-mañana, de María, la habló, la enamoró y se hizo amar de ella.

López era hermoso aunque con una hermosura severa.

Conocía el arte de la seducción y le fué muy fácil hacerse amar por un alma virgen preparada ya para el amor.

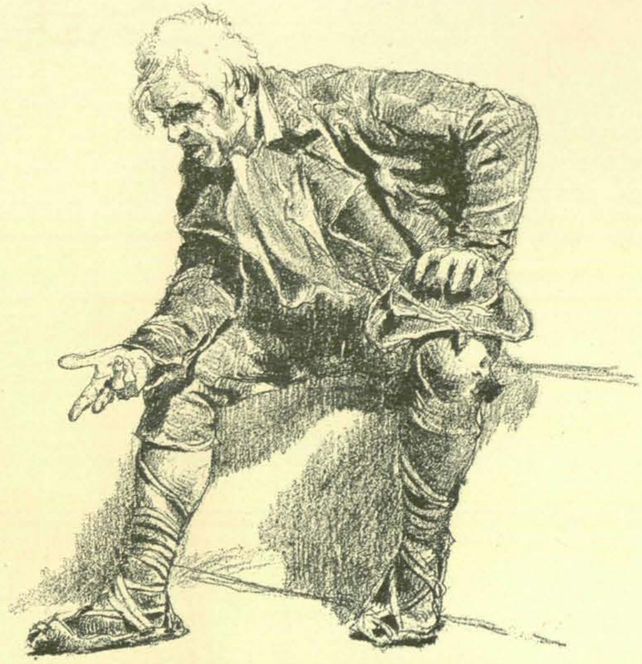
Cuando un hombre tiene el amor de una mujer, tiene á la mujer.

María aprovechaba las frecuentes ausencias de Miantucatuc, y allá por la tarde al descender el crepúsculo de la noche, salía de la población, bajaba por el sendero de la roca, se deslizaba hacia la margen derecha del río, y se perdía entre las rocas hasta ir á parar á un bellísimo remanso orlado por un bosque de álamos negros.

Allí encontraba á López.

Pasaban los dos amantes las primeras horas de la noche entregados á su amor, y después se encaminaban juntos á la población silenciosa y desierta.

Antes de entrar en ella se separaban: María se encaminaba á la casa de Miantucatuc y López á la suya.



ECHANDO CUENTAS, dibujo de Echena

XXXVI

Empezó López sus expediciones.

Hizo el oficio de espía, de agente, pero contra su voluntad, porque el sentimiento del amor había borrado en él el de la venganza.

Sobre todo, el oficio que López había adoptado era muy peligroso.

Un descuido podía dar con él en la horca.

López amaba y no quería morir.

Hizo algunas excursiones como mercader ambulante, y trajo y llevó avisos.

La expedición de la cual le vemos volver á la población de los pintos, era su cuarta expedición.

Nunca María, al salir á su encuentro, le había dado una noticia tal, como la que aterró á López.

Y decimos que le aterró, porque sabía demasiado que el Padre-rojo no perdonaría á su hija el que hubiese pertenecido á un extranjero.

XXXVII

Miantucatuc entre tanto había llegado al pueblo.

Cuando llegó á su casa encontró á su hija alimentando el fuego del ídolo.

Pero sorprendió en sus ojos lágrimas.

Hacía mucho tiempo que Miantucatuc sospechaba de una manera vaga de su hija.

Hacía mucho tiempo que Miantucatuc pasaba largas temporadas fuera del pueblo.

Nadie sabía á dónde iba.

Cuando menos se le esperaba, volvía.

Sombrío, más sombrío cada vez, irritada su feroz monomanía.

Miantucatuc, pues, no había podido conocer el cambio que se había operado en el espíritu de su hija.

Pero cuando la sorprendió llorando, su maravilloso instinto, su sagacidad, le dijeron que su hija sufría, y que sufría por amor.

Irritóse terriblemente el alma del indio.

¿A quién podía amar su hija?

Miantucatuc sólo la hubiera dado á un gran jefe; no pudiéndola casar con un gran jefe, Miantucatuc había decidido no darla á nadie.

María había dispuesto de sí misma; y un sentimiento de venganza contra quien había envenenado el alma de su hija rugió en el corazón del indio.

Pero para asegurar su venganza se cubrió con el mayor disimulo.

Su hija no le había sentido acercarse.

Miantucatuc la dejó de nuevo sola sin que María hubiese notado su presencia, sin que le hubiese sentido alejarse.

Pero Miantucatuc esperó con el oído atento, concentrada toda su atención.

Salió la luna y sintió las pisadas de su hija.

María se acercó al aposento de su padre y entró furtivamente.

Miantucatuc se fingió entregado á un sueño profundo.

Entonces María salió de la casa.

Apenas había salido, el indio saltó de su lecho, y se puso en seguimiento de su hija.

Y la siguió sin que ésta le sintiese, á lo largo, como una sombra, sin ruido, encorvándose cuando se paraba, pegándose á la tierra para que no pudiese verle si María miraba atrás.

Y así tras ella, llegó á las rocas, junto al río, y se perdió entre los álamos negros.

Atento, astuto como una serpiente, escuchó con el oído pegado á la tierra, y oyó la voz de dos personas que hablaban á lo lejos.

La de su hija y la de López.

Pero indeterminadas, vagas, perdidas en la distancia.

Miantucatuc quiso saber lo que su hija hablaba con el extranjero; y como si se tratase de sorprender á un enemigo, adelantó arrastrándose, sin ruido, sin mover una hoja, sin dar la más ligera ocasión de ser sentido.

Al fin llegó tan cerca de los dos jóvenes que pudo verlos y oirlos perfectamente.

María estaba en los brazos de López, enloquecida de amor.

Miantucatuc apuró toda la admirable, toda la inverosímil calma de los indios.

Allí estuvo dos horas largas, siendo testigo de las caricias de los dos jóvenes, oyendo sus palabras, sus proyectos de próxima fuga.

Allí escuchó estremecido de furor que su hija era madre.

Cuando los dos jóvenes se volvieron al pueblo, Miantucatuc les dejó ir en paz, salió del bosque, le rodeó y á la carrera, veloz como un gamo, llegó á la población por un camino distinto del que los dos jóvenes seguían, y entró en su casa.

Cuando María llegó, cuando entró de puntillas en su aposento, Miantucatuc dormía ó fingía dormir.

La Virgen-de-la-mañana le contempló por algún tiempo con la mirada inmóvil y con los ojos llenos de lágrimas.

Después salió recatadamente, fué al aposento del ídolo, levantó una tabla y sacó de debajo de ella un objeto envuelto en un paño de algodón.

Aquellas eran perlas que María robaba á su padre.

Luego estremecida, como un ladrón que teme ser sorprendido, salió de la casa, después del pueblo; y al fin llegó al pie de la roca.

Allí la esperaba López con su caballo cargado como había venido.

La puso sobre él y partió.

María miró al pueblo y extendió hacia él los brazos.

Aquella era la despedida á su padre.

XXXVIII

López y la Virgen-de-la-mañana empezaron á caminar por la selva.

La oscuridad era densa.

El silencio profundo.

A pesar de esto, López, llevando del diestro á su caballo y sobre él á María (seguiremos dando su nombre de cristiana á la hija de Miantucatuc), adelantaba rápidamente como si sus ojos hubieran tenido la maravillosa facultad de ver entre las tinieblas, ó como si le hubiese guiado un instinto.

Caminaron así durante cuatro horas.

Debía empezar á amanecer; pero dentro de los bosques, bajo su tupida cubierta de verdura, amanece mucho más tarde que en las praderas y en las pampas.

Al fin, una leve claridad semejante á un crepúsculo opaco, penetró al través de la espesura superior, y se determinaron de una manera vaga é informe los troncos de los árboles.

López siguió caminando de prisa y en el más profundo silencio.

El tupido césped del sendero sobre que marchaba, apagaba el ruido de sus pisadas y las de su caballo.

Al fin, después de muchas horas de una marcha violenta y fatigosa, después de haber marchado para borrar las huellas de sus pasos sobre el musgo, huella que, por ligera que sea, es conocida por un indio; después de haber marchado con tal objeto, repetimos, por el lecho de largos arroyos, López llegó á un lugar de la selva en que se levantaba una roca cónica y verdinegra.

En la parte superior de esta roca se abría una estrecha grieta.

Para llegar á ella no había ni un sendero.

López se detuvo, bajó del caballo entre sus brazos á María, y cargándola sobre sus hombros, empezó á trepar por la roca con gran dificultad y peligro, asiéndose á las escabrosidades.

Después de mucho tiempo y fatiga, llegó á una pequeña plataforma, cerca de la punta de la roca, donde se abría la grieta.

Una vez allí, dejó en tierra á María, y descansó.

—¿A qué hemos subido aquí, Severo?—dijo la joven.

—Tu padre nos busca indudablemente, — contestó López.

María se estremeció.

ENCENDIENDO LA PIPA, dibujo de Echena

—Si nos encuentra, nos matará, —dijo.

—Es muy difícil que nos encuentre: hemos llegado hasta el pie de la roca por el lecho del arroyo que tuerce alrededor de ella, y luego sigue: tu padre y las pieles rojas seguirán por el arroyo, pasarán junto á nosotros buscando un lugar en la orilla donde vuelvan á aparecer las huellas, y se alejarán hasta donde, allá muy lejos, el

arroyo cae en el río. Estamos completamente seguros: esta roca es demasiado dura, y no han quedado absolutamente en ella señales de nuestro paso: tu padre se extraviará: encontrará otras huellas allá más abajo, y las seguirá: aquí permaneceremos hasta que dés á luz nuestro hijo.

– ¡Aquí! ¡en esta horrible soledad!

– Yo tenía interés en tener un asilo seguro; un día encontré esta roca, trepé á ella y hallé dentro una caverna bastante capaz, una especie de caracol de piedra: aquí tengo depositadas mis riquezas.

– ¡Tus riquezas!

– Sí; ven: entremos.

– Está muy oscuro, dijo María deteniéndose en la entrada de la caverna.

López entró solo, hizo fuego con un eslabón y un pedernal, y encendió una linterna que tomó de sobre una saliente de la roca.

Entonces María vió una especie de aparato de madera.

Era un cabestrante, del cual se avanzaba una especie de percha fuerte con una polea á su extremo.

– ¿Para qué es eso? – dijo María.

– Ahora verás: yo lo he previsto todo.

López empujó hacia fuera el cabestrante, que adelantó sobre sus ruedas: muy pronto la percha, que estaba adherida á él por un extremo, estuvo por el otro fuera de la cortadura de la roca.

– Con ese cabo que está puesto en la polea, – dijo López, – puedo bajar con suma facilidad, atar á mi caballo, subir después y luego elevar hasta aquí á Galán con su carga: luego, cuando el aparato desaparezca, ¿quién puede sospechar que ha subido hasta aquí un caballo?

– ¡Oh! ¡cuán ingenioso eres!

– La necesidad aguza el entendimiento y hace ejecutar cosas superiores á las fuerzas humanas. Yo he labrado ese cabestrante cuya madera he cortado de la selva: yo, á fuerza de constancia y de esfuerzos, me he procurado un refugio seguro: tengo víveres y municiones para mucho tiempo, y como la roca sólo tiene acceso, y aun así muy difícil, por esta parte, oculto entre esas dos piedras que vienen á ser una aspillera natural, tendido en tierra con mi carabina de dos cañones, puedo defenderme de un ejército.

(Continuará)

TODO SE HA PERDIDO... MENOS EL BUEN HUMOR

PARÍS PUERTO DE MAR

Aunque se han ideado muchos proyectos respecto á la empresa gigantesca de facilitar á la capital de la vecina república un gran desarrollo en su comercio, sólo nos ocuparemos del de M. Bouquet de la Grye, miembro del Instituto, que, si bien no es más que uno de los antiguos, reformado, ha reducido los gastos que en el primero se presupuestaban, á 110 millones. He aquí un resumen del mismo.

Entre Ruán y París se hará un canal marítimo de 6m,20 de profundidad en el lecho del río Sena.

Con esta profundidad serán de fácil acceso el canal marítimo del Sena y los puertos de Poissy y Saint-Ouen y de París, aun en las bajas mareas, á los buques mercantes de 2,500 toneladas que suban por el Sena hasta Ruán.

Entre esta ciudad y París todos los puentes serán móviles, con el doble objeto de facilitar la protección de la corriente del río y de la navegación.

Al efecto de facilitar el tránsito de los buques de gran calado, se construirá, cerca de Ruán, un puente de ferrocarril, de 40 metros de elevación sobre el río Sena.

En el grabado representamos el plano del canal, su perfil longitudinal y una sección trasversal.

Se hará el puerto de París, entre Saint-Ouen y el puente de Clichy, con una anchura de 400 metros y un largo de 4 kilómetros.

También se hará un puerto de circunvalación en Poissy-Achères.

Poissy no dista de París más de 18 kilómetros, en línea recta, que es próximamente la distancia que hay entre los nuevos Docks del Támesis y la ciudad de Londres.

Las grandes ventajas que ofrecería el puerto de Poissy obligarían de seguro á los capitanes de los buques á detenerse en él.

Estaría cerca del ferrocarril de Circunvalación, separado de la Mancha por dos esclusas, y de Ruán distaría tan sólo doce horas de navegación, siendo su longitud de 2 kilómetros y su anchura de 200 metros.

También se construirían puertos secundarios en Argenteuil, Mantes, Vernon y en Los Andelys. En estos tres puntos se daría al canal un ensanche de 100 metros, con el que se facilitarían las maniobras de los buques de 140 metros de eslora, lo cual no podrá conseguirse nunca en el Sena.

Entre el mar y París tendrían que pasar los buques cuatro esclusas, operación que les haría ret ardar su marcha dos horas; pero á fin de aminorar algún tanto este retardo, pueden aquéllas quedar reducidas á tres.

Los trabajos durarían tres años y los puertos de mar de Poissy y de París podrían inaugurarse durante la Exposición universal de 1889.

Los gastos se calculan en 110 millones de francos que serían facilitados por una Sociedad del puerto de mar de París, de su cuenta y riesgo, sin subvención ni indemnización de intereses por el Estado. De esta suma habría que deducir el valor en venta de los 41 millones de metros cúbicos de arena, cascajo y greda que se extraería del lecho del Sena.

Según la estadística de aduanas, el movimiento de navegación del Sena y de sus canales pasa de seis millones de toneladas, y aunque sólo la mitad procedan de París, puede creerse con bastante fundamento que una vez realizado el proyecto, aseguraría al capital empleado un interés beneficioso desde el mismo año en que quedara terminado el canal.

M. Bouquet de la Grye, de cuyo proyecto hemos dado una ligera idea, insiste en la importancia de su trabajo, del que reproducimos las principales bases.

Todos los gobiernos franceses se han ocupado del puerto de París, y Sully quiso unir los tres mares que bañan las costas de Francia por medio de grandes canales marítimos.

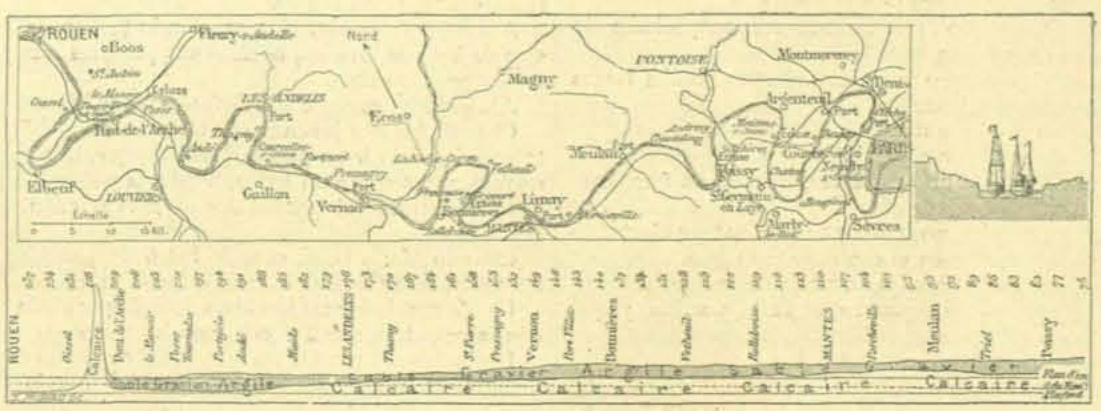
Bajo el punto de vista comercial, tiene una grandísima importancia la realización del puerto de París.

Cuando esto tenga lugar, París será la vía marítima más corta y más económica para el Rhin y el Danubio, por medio del canal Luis cuya reforma está ya proyectada, y se convertirá en centro de un gran comercio internacional; en las orillas del Sena, canalizado desde París á Ruán, se establecerán fábricas, y astilleros marítimos, y se crearán grandes almacenes y docks. París llegará á ser en breve uno de los centros comerciales, industriales y marítimos, y una vez canalizado el Sena, será accesible á buques de todas las naciones.

Pero si se considera la cuestión bajo el punto de vista de la defensa nacional, la creación del puerto de mar de París es de una necesidad imperiosa y urgente que llama vivamente la atención de los que amen la patria cuyo centro está en París; porque si éste volviera á sufrir un sitio, se vería obligado á capitular por hambre, y esto en breve tiempo, pues su población va extendiéndose hacia Versalles y habría imposibilidad de abastecer el crecido número de sus habitantes sin el auxilio de los transportes marítimos.

Para sitiar por el hambre y apoderarse del campo atrincherado de París, privado de comunicaciones marítimas bastaría cortar á alguna distancia de él los ferrocarriles, las carreteras, los canales y los ríos; pero si se encontrase unido al mar por medio del Sena canalizado, sería una ciudad marítima, bien defendida é inexpugnable por el hambre. Su resistencia sería indefinida, porque se podría abastecer diariamente á la ciudad, y llegarían hasta ella buques de todas las naciones que, llevando cada uno una carga equivalente á la de seis trenes de ferrocarril, la suministrarían provisiones de todas las partes del mundo.

(Artículo tomado del periódico: *La Nature*)



TRAZADO DEL CANAL DE PARÍS AL MAR: PERFIL LONGITUDINAL Y SECCIÓN TRASVERSAL. Proyecto de M. Bouquet de la Grye

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN